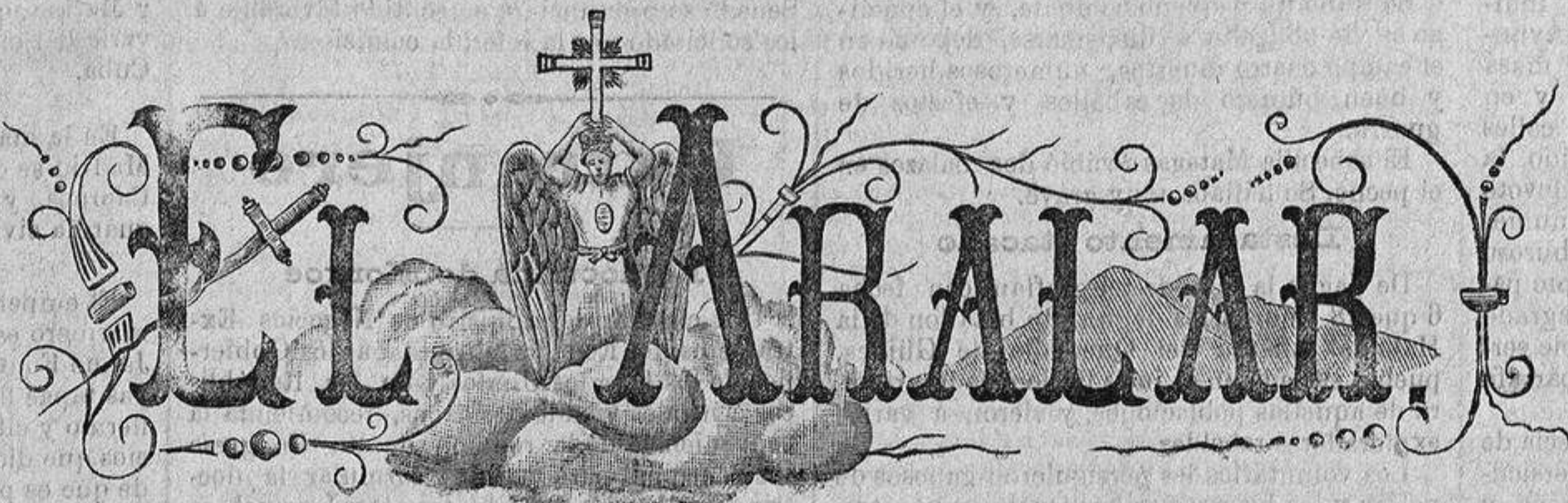


PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Pamplona, un mes. . . 1,25 pts.
Fuera, trimestre. . . 4 id.
Ultramar, semestre 15 id.
Extranjero, id. . . 23 id.

Número suelto. . . 5 céntimos.
Id. atrasado. 15 id.

PAGO ADELANTADO



DIARIO CATÓLICO-FUERISTA

ANUNCIOS

En 1.ª plana . . . 1 peseta línea
En 3.ª id. . . 0,10 id. id.
En 4.ª id. como esquelas, co-
municados y reclamos, á pre-
cios convencionales.

Redacción y Administración
ESTAFETA 31

El folleto del Sr. Fornés

II

La escuela positivista afirma que, en el orden actual de las cosas, tal y como lo conocemos, la causa determinativa de cada fenómeno es natural, es decir, fenomenal, y que esta causa inmediata y próxima es su condición de existencia; por tanto, propone como objeto de la ciencia el descubrimiento de la conexión de dos hechos. Establece que el fin científico se alcanza ó logra en cuanto, por medio del análisis, la causa inmediata de cada fenómeno, su condición de existencia; ha sido hallada en otro fenómeno distinto ó en alguna combinación de fenómenos, del cual ó cuales es el primero consecuencia inevitable.

La ciencia entendida al modo positivista, se abstiene de toda investigación acerca del origen y de la causa primera de las cosas; estudia los hechos, los reproduce experimentalmente cuando es posible, los dispone en series, los explica provisionalmente por hipótesis, que adornadas con nuevas comprobaciones ascienden al grado de teorías, y por último, formula una ley. Los grupos de leyes particulares constituyen las ciencias particulares; éstas se escalonan y disponen según cierto orden gerárquico, y por fin y remate, una generalización suprema que hoy apenas se vislumbra y señala á tientas, constituye á su vez la ley de las leyes, ó sea, la Ciencia. Pero todo este trabajo se propone únicamente mostrarnos el cómo y no el porqué de las cosas, declarado á priori incognoscible. Nueva aplicación de la doctrina kantiana acerca del número y del fenómeno.

La tendencia avasalladora de la ciencia así entendida, no obstante sus melindres de modestia, perfectamente la manifestó el más ilustre de los discípulos de Compe, el famoso Littré, que por dicha recibió el bautismo poco antes de morir, tras una larguísima vida consagrada al estudio, á pesar de terribles sufrimientos corporales. "Mientras Augusto Compe no apareció en la escena—dice—, el campo de la especulación general pertenecía á la teología ó á la metafísica, y el de la especulación particular á la ciencia. Mas apenas apareció, se trocaron los papeles, correspondiendo á la ciencia la especulación general, y á la teología y la metafísica, la particular."

Acostumbran á decir los positivistas que la ciencia no es rival de la Religión, sino poder independiente de ella, con obra propia y función especial que cumplir. Esta función, es la sistematización del conocimiento, el encadenamiento de las series conocidas ó por conocer, según principios comunes, á un principio lo más general que quepa; la reducción de los abstractos, hasta que resulte una abstracción última, ó mejor dicho, una fórmula general, un símbolo condensado de la inmensa variedad de cambios; la ciencia es la resolución de la varie-

dad en la unidad, y así como la ciencia puede definirse "la teoría á posteriori del Mundo," la Religión es también una teoría á priori del Mundo, y por ser á priori desnuda de valor positivo y científico, ó sea, puramente subjetiva.

Cuán lejos anda este concepto positivista de la ciencia, del concepto católico, no hay para qué ponderarlo. La ciencia católica busca el conocimiento de las cosas por medio de sus causas; no sólo el cómo, sino también el por qué de ellas; y lo busca valiéndose de la metafísica, cuya incompetencia é impotencia son el primero de los dogmas positivistas; y por encima de la metafísica pone á la teología y por encima de ésta á la Religión positiva, de suerte que el haz brillante de luz que baja de lo alto, en vez de amenguar sus resplandores, parece como que los aviva en los espejos de las ciencias particulares que mutuamente se los envían unas á otras, aumentándose la intensidad de cada rayo, con el reflejo de todos. De esta suerte, la ciencia católica logra ser ordenamiento íntimamente trabado de verdades inmutables, fundado sobre conocimientos exactos, demostrativos y ciertos.

Considerada por los positivistas la ciencia como independiente de la Religión y de la Metafísica, únicamente dan el carácter de verdades á los resultados que les proporciona su observación de los fenómenos, encerrándose, respecto á lo demás, dentro del más menguado agnosticismo. Pero como el espíritu humano no es capaz de aquietarse con el mero conocimiento de los hechos, rompe los muros de su prisión y se lanza con las alas frágiles de la hipótesis y de la teoría á perseguir algo que sea como la sombra de la verdad absoluta, la proclamación, siquiera, de ciertas verdades necesarias, repitiéndose el caso de aquel personaje de Molière que hablaba en prosa sin saberlo, pues los positivistas, enemigos de la Metafísica, escriben, sin darse cuenta de ello, libros de metafísica, aunque de una metafísica *sut generis*, sin principios primeros, saturada de materialismo y mecanicismo. Y aun puede afirmarse, que la negación de la Metafísica es ya, de suyo, Metafísica.

Los positivistas lógicos únicamente atribuyen valor á los resultados de su ciencia y de lo demás, por lo menos teóricamente, se desentienden. Otros persiguen lo que donosamente llaman reconciliación entre la ciencia y la Religión, atribuyendo á ésta, "no obstante sus numerosos errores y sus corrupciones," (H. Spencer, *Premiers principes*), el mérito de haber afirmado la existencia de una realidad insondable, misteriosa, omnipresente, incomprendible, inconcebible é incognoscible, realidad que marca con eternas mugas las fronteras de la ciencia, impidiendo que los hombres se absorbiesen por completo "en lo relativo é inmediato." Sobre ese fondo tenebroso, se dibujan las diversas religiones, que por lo mismo que son explicaciones y relacio-

nes del Poder incognoscible, con sus dogmas, ritos é iglesias, no poseen valor científico alguno y están privadas de jurisdicción sobre la razón positiva, pero llenan ciertas aspiraciones y necesidades del sentimiento.

La doctrina de que hay dos órdenes independientes de verdades, la religiosa y la científica y que ésta puede hallarse en oposición con aquélla, (ó en resumen, que no hay sino un orden de verdades, pues estas son los conocimientos que se derivan de la observación y la experiencia, conclusión á que se llega cuando se sacan las conclusiones lógicas de las premisas positivistas), esta doctrina falsa, contraria á la verdadera Religión y á la verdadera ciencia, informa el folleto del señor Fornés, como el mismo lo denuncia al estampar en el *Apéndice*, escrito para defenderse, las siguientes palabras: "ha puesto de su parte (el autor) todo el cuidado posible para que, sin menoscabo de la verdad científica, fin principal del libro, queda se siempre á salvo el dogma y la moral del catolicismo; empresa difícilísima que tal vez pueda lograrse, en su concepto, apartándose un tanto de la exégesis bíblica tradicional," (pág. IV).

De modo que el Sr. Fornés cree que hay verdades científicas opuestas al dogma y la moral del catolicismo, y que la concordancia entre unos y otras es empresa difícilísima, que acaso se consiga, pero empleando otra exégesis, distinta de la que la Iglesia emplea tradicionalmente. Idea que se redondea en el siguiente pasaje: "Bueno es, sin embargo, que no se confundan cosas tan opuestas, á veces, como la religión y la ciencia..." (pág. XVIII).

Pero esa oposición jamás existe, cuando la ciencia se mantiene dentro de su terreno propio, aunque la hay amenudo, entre la Religión y las opiniones y explicaciones de los sabios, que sólo por abuso intolerable forman cuerpo con la ciencia, y por esta cúpula se revisten de autoridad, sin razón ni título que la justifique.

El Sr. Fornés, al igual de los positivistas sus maestros y mentores, estima que la ciencia es independiente de la Religión y hasta puede hallarse en oposición con ella. Así se explica el poco empacho que ha demostrado en el folleto para dar cabida á las opiniones sociológicas de la escuela espenceriana, sin que ni una vez siquiera las complete ó rectifique ó rebata con las afirmaciones católicas, reinando en dicho trabajo el naturalismo evolucionista más caracterizado y la eliminación más absoluta de todo elemento sobre-natural, según verá el curioso lector que tenga la paciencia de leerlos.

¿Para qué sirven los frailes?

Según cuenta *La Politique Coloniale*, M. Laroche, residente general en Madagascar, ha dirigido al abate de la Trapa, Stanel, la siguiente carta:

"Señor abate: Antiguo prefecto en Ar-

gel, he guardado el más vivo recuerdo de las reliquias de la Trapa; he podido apreciar los hermosos ejemplos que dan sus grandes trabajos, las magníficas plantaciones que han creado, las simpatías, que por su hospitalidad, por sus beneficios, saben procurarse de cuantas personas entran en contacto con ellos.

Encargado de la gran misión de fundar en Madagascar la colonización francesa, deseo la cooperación de hombres escogidos, como son los trapenses, para llevar á buen fin mi salvadora misión.

¿Estais dispuestos á enviar alguno de vuestros Padres á nuestra lejana isla?

Por mi parte estoy dispuesto á concederles el terreno que quieran, á ofrecerles aquello que sea mejor y á prometerles una seguridad absoluta, pudiendo contar además con la más afectuosa y particular protección del residente general.

En el momento les aseguramos el transporte desde Europa hasta los establecimientos proyectados en Madagascar.

Los trapenses prestarán á la nueva colonia y á la civilización, un señalado servicio, cooperando en primera línea á la conquista moral y pacífica de un país, del que hasta ahora no somos más que los conquistadores militares.

Espero recibir una respuesta favorable y en esta confianza, os suplico acepteis, señor Abate, la expresión de mi alta consideración. — El residente general, HIPÓLITO LAROCHE."

Esta carta, cuyo firmante es un antiguo prefecto perseguidor de los católicos, un furioso sectario perteneciente á la secta calvicista, es un nuevo homenaje hecho á las Ordenes religiosas por sus enemigos.

Los gobernantes de Francia, desde hace quince años, casi obran de la misma manera, que el primo de la mujer de M. Faure.

En Francia son los primeros en infamar, perseguir y robar á las Ordenes religiosas; pero cuando se trata de colonizar y preparar el terreno á la influencia francesa en lejanas comarcas, humildemente piden su ayuda y hacen resaltar sus virtudes, sus trabajos y su abnegación.

Es una conducta que podrá ser muy hábil, pero que tiene todos los caracteres del cinismo más repugnante.

ROGATIVAS EN SESMA

Pocas veces se habrán hecho rogativas en Febrero para implorar la lluvia, y sin embargo muy pocas habrán estado más justificadas que las celebradas en Sesma en los días 4, 5 y 6 del mes corriente.

Después de las escasas lluvias del otoño que hicieron germinar la poca semilla, que hasta entonces se había sembrado, no ha caído sobre esta desolada tierra más humedad que la que deposita la atmósfera en las mañanas de invierno bajo la forma de escarcha; así es que la situación de los campos es verdaderamente desconsoladora.

No son los habitantes de Sesma de los que se amilanan fácilmente ante la adversidad. Familiarizados con la escasez y hasta con la miseria saben luchar admirable y valientemente por la vida. Pero el porvenir, que se avecina, pone miedo en el ánimo más sereno. Porque los términos del problema, que constantemente oprime á este pueblo, cual pesada losa de plomo, cambiarán muy pronto, si la Providencia no viene en su auxilio. Ya no se tratará de estar más ó menos mal. Se tratará de ser ó no ser.

No es extraño, pues, que el digno municipio de Sesma hondamente preocupado por la situación, impulsado por sus sentimientos cristianos, é interpretando fielmente los deseos del vecindario, decidiese solicitar de su celoso párroco la celebración de solemnnes cultos encaminados á implorar de Dios el beneficio de la lluvia.

Las rogativas se han hecho con la posible solemnidad. La venerada imagen de la Virgen

